



UN PAR DE ALPARGATAS QUE SON CUATRO

Jesús HOSPITALER
del Grupo de Montaña Urdaburu

Hasta Ezcaray habíamos llegado en el R-4 de Antonio Arrieta. Ahora caminábamos hacia Urdanta, última aldea bajo San Lorenzo. Entonces no existía la carretera de Valdezcaray. El tiempo estaba feo, muy feo.

Al pasar por las últimas casas alguien nos comentó que no era día ni para las alimañas o que habían puesto cepos para ellas. No recuerdo casi. El que sabrá es Atanasio Arruabarrena que, juntos, con Antonio y Luis M^a Echeveste marchábamos ascendiendo.

La sólo lluvia dió paso a la cellisca. Paramos. No se sigue, dijeron con buen criterio los compañeros. A mí, como se dice ahora, se me cruzaron los cables. Puse en la mochila queso, pan y alguna cosa más. Atana me prestó la makila. Continúo ascendiendo, hay que subir, pienso. De pie y medio saltando engullo algo.

Frío, cada paso más arriba, cada paso más frío. La ya fuerte ventisca impide que la nieve se pose. Con la pendiente, más pronunciada ahora, me da la sensación de que me acerco a la cumbre. No se ve a tres pasos. Llego, pero no es la que yo quería. Se nota mucho frío. Hay que descender, bajar, bajar, bajar como sea y donde sea. Resbaladizas costras heladas. Se me cae el bastón, se desliza raudo y desaparece - Atana, todavía te debo un bastón-.

La pendiente, el piso y la temperatura se suavizan. En la barrancada, amontonada nieve que me llega casi hasta la cintura. Me agarro a unas ramas para ayudarme. Tarzán de las nieves -musito-.

Fui poco trecho así. Pronto un ancho camino en el que la nieve desaparecía dando paso al agua y al barro.

Al lado de unas casuchas veo a un chaval. Le pregunto: ¿Qué lugar es éste?

Los Ríos -me contesta-. Los Barros -digo yo-Y añadió, de aquí a San Millán de la Cogolla, y luego Nájera.

Mientras, yo había sacado el plano: ¡Vaya, si me he salido del mapa! -exclamé viendo, mejor dicho, no viendo en él los nombres que me decía.

En San Millán, allí donde en el siglo XIII vivió el clérigo Gonzalo de Berceo, el primer poeta español, me alojé en una casa que era, creo, Correos y Teléfonos. Llamé a Ezcaray. Los compañeros me indicaron que estuviera al día siguiente en Nájera. Luego los de la casa pusieron a secar mi ropa y calzado junto al hogar.

Yo, mientras tanto, compré un par de alpargatas.

•••••

Poco más abajo, había dejado atrás la cochambrosa txabola-refugio. Junto a este otro refugio, del mismo nombre, bastante más decente, me solté los viejos esquís prestados de madera, a los que había envuelto con cuerdas para que no deslizaran tanto, ya que no tenía pieles de foca. Las ataduras, con tiras de cuero, eran las que, no sé porqué, llamábamos cartero.

Entré a la casa, encendí un viejo tronco que estaba en el hogar y me dispuse a pasar la noche. Silencio, suave silencio.

Tarda en amanecer. No me extraña, el día no clarea, cerradísima y copiosa nevada me obliga a pasar aquí una noche más. Azuzo el fuego a lo que queda del tronco. El crepitar y las bailarinas llamas del leño, me traen a algunos años atrás, cuando pasando por aquí hubo otros sucesos que ahora cuento.

“Era el quinto día desde que comencé la marcha en Oyarzun. Había cruzado ya el collado y caminaba hacia La Mina. Anochece. Las tinieblas del valle van adueñándose de las cumbres. Allá abajo veo una luz. Ya estoy en ella.



Fotografía: Jesús Hospitaler

Cumbre de Bisaurin (Huesca)

¡Mi capitán, un francés!, dijo en alta voz el centinela. Este es tan francés como tú o como yo, comentó el alférez.

Me presentan al capitán, quien me invita a pasar la noche. Charlamos, me dice que, por la montaña, está tan majareta como yo. A una pregunta, saco el mapa y le señalo el recorrido y cumbre del día siguiente. El pone en la mesa sus planos. Los cotejamos, el suyo es más reciente. Me recomienda subir por otro itinerario.

Estamos en ello cuando aparece el sargento de la guardia civil, comandante del puesto, que por lo oído, venía todos los días a jugar su partidita.

Le debió molestar el amable recimiento que me hizo el militar, porque al rato de comenzar el juego y de sopetón: Si soy yo, le pegó un tiro y luego le preguntó quién es -escupió las palabras el sargento-. El capitán, echando un capote, hizo que se centrara en las cartas.

-Mi capitán, le he visto esta mañana con las cañas río arriba hacia el ibón. ¿Qué tal la pesca?

-Nada, he visto alguna trucha pero no tengo suerte.

-Si pasa usted algunas temporadas por aquí, al fin aprenderá a cogerlas.

De nuevo a la carga: Si yo fuese presidente de la República haría...

-Nuevo capotazo.

Este tío me ha tomado por un maquis -pensé-.

Una vez terminado el duelo a espadas, oros, copas y bastos. Después que se hubo marchado el guardia. El oficial llamó a unos soldados y señalando un par de cestitas que contenían unas bien colocadas truchas les

dijo: -esta le dais a mi mujer y la otra entregaréis al coronel, pues se las había prometido. Aquella noche cené trucha.

Camino de Oza, acompañado por los soldados, pasamos cerca de la casa de la Benemérita (años más tarde, con otros compañeros, estuvimos dentro de ella, e incluso los números nos ofrecieron su almuerzo. ¡Qué diferencia!).

Un trecho en camión, luego cruzo el río hacia Gabardito. Despistado, asciendo por algunos taludes hasta encontrar el camino. Paso por el Salto de la Vieja, y llego al collado del Foratón. Allí en un palo, que cogí el segundo día de marcha, coloqué una clavija de hierro para que me sirviese a modo de piolet. Piolet, que no quise llevar de casa para que la amá no pensase que me metía en berenjenales. A los primeros pasos entre la nieve, pierdo el hierro. Repecho hasta la cima, techo de la travesía. No puedo menos que cantar una Salve.

Desciendo rápidamente hasta la vieja txabola de Lizara (donde años después tuvimos un campamento social). Continúo camino abajo, luego pista hasta Aragües del Puerto, las farolas ya encendidas.

Me apetece cambiar de calzado y agencio un par de alpargatas".

